

NOTAS SOBRE LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA FILOSOFÍA Y EL PROBLEMA DE LAS HUMANIDADES

José Ordóñez García

Profesor del C.E.T. de Sevilla

ABSTRACT: This paper is a reflection upon the present situation of Philosophy from the framework in which a review of the so-called 'humanities' is being posed. The original sense of thinking has been tried to transfer, from the Aristotelian definition of Philosophy, to its present phenomenological situation, taking into account the modern fragmentation of Science and the crisis of the philosophical spirit since the so-called 'postmodernity'. It is not an exhaustive work but indeed full of suggestions as far as it is limited to establish the ideas underlying this possible decadence of the so-called philosophy.

KEYWORDS: Humanities, philosophy.

A mis alumnos de primer curso y su esperanza

I

Contexto

Hace tiempo que hemos oído hablar de la muerte de muchas cosas, casi todos estos cadáveres aluden de un amplio modo a lo espiritual (término que acogería bajo su manto ideas fundamentales de nuestra cultura: valores, creencias, sistemas políticos, etc.), pues es lo espiritual lo que ha muerto o ha venido muriéndose, para muchos, desde hace ya tiempo. Además, es esta una afirmación que se ha dicho hasta la saciedad y, por si no quedaba clara, muchos seguían matando lo que, en principio, se decía que había muerto. Por tanto, una amplia legión de asesinos, pagados por no sabemos quién,

se han dedicado a rematar lo que desde el siglo XVIII y XIX parecía que ya estaba muerto. Y el asesinato por excelencia, el magnicidio, fue «*la muerte de Dios*». Extravagante afirmación; pues ni hemos visto su cadáver, ni su sangre. Así, ante la ausencia de indicios, y, por tanto, ante la imposibilidad de aplicar las pruebas de ADN a unos restos inexistentes, sólo nos queda pensar que el asesino o los asesinos en cuestión deliran (nada extraño para los que habitan en desiertos, expuestos largo tiempo al sol, sin agua y sin rumbo). Si fuesen honestos reconocerían, a lo sumo, que Dios ha sido dado por *desaparecido* (tal vez, incluso esté disfrutando de un largo periodo vacacional, lejos de esos corazones duros, insistentemente soberbios), u *olvidado* o que ni siquiera se le ha echado de menos, porque el ser humano se ha visto inmerso en la distracción de los entes. En fin, sea como fuere, aquí estamos en este año de eclipses, tiempo en el que todo de lo que emana luz nos va ser escamoteado.

Estimo que, sin duda, este proceso de ocultación espiritual -del que parece anunciarse, por algunos signos, un renacimiento del espíritu- se debe en gran medida a la moda, al deseo de lo nuevo sustentado en una obsesión por la originalidad y la notoriedad. La de cosas que tuvo que hacer Nietzsche, por ejemplo, para hacerse notar: proclamarse profeta del nihilismo puede ser un destino desafortunado, pero no digamos ser un mensajero de la muerte; trabajo desagradable donde los haya. Aunque no es lo mismo la situación del médico que viene a informar a la familia de la pronta muerte del enfermo (un mensajero cotidiano), que aquel que viene a anunciarnos la muerte de Dios no a la pobre Concha o al pobre Luis sino al mundo entero.

En este contexto creo que se puede entender qué quiero decir con la palabra moda, sobre todo la *amoralidad* que le subyace. Se es notorio, para estar no sólo de moda sino incluso perdurar en la historia, si se encuentra o se descubre algo totalmente nuevo y, así, atrevido, osado, retador. Ahora bien, esto no significa que todo lo nuevo nos convenga o nos suponga un mejoramiento en cualquiera de los ámbitos de la vida humana (no pondré ejemplos por la cantidad y obviedad de casos). Descubrir el *nihilismo* y la *muerte de Dios* es realmente un acontecimiento sin parangón en nuestra cultura, como de hecho lo ha sido. Sin embargo, la índole de tal descubrimiento también nos revela cómo su responsable, a tenor de las consecuencias y la influencia de ese fenómeno en la cultura posterior, se dejó llevar más por las ventajas de la notoriedad que por las de la serenidad. Que fue alguien embaucado por el límite e incapaz de

saber qué se puede decir y qué no, parece indudable. Para su beneficio dejó al margen el beneficio de una gran comunidad, pues, como se ha demostrado, el descubrimiento de Nietzsche sólo ha servido a los poderosos, a los que tienen una voluntad infinita de dominación, y también a los hambrientos de notoriedad. Los que poseen los medios son aquellos que mejor han sacado ventaja de su descubrimiento, pero a la gente corriente ¿qué le ha deparado? Me temo que meras penalidades. La amoralidad de ese modo de comportarse de los notorios estriba en que no son capaces de tener una actitud crítica con su propia reflexión, no dejan que pepito grillo les muestre el otro lado; las posibles consecuencias de su ceguera. Tan absortos en su genialidad, tan *Faustos*, creen trabajar *más allá del bien y del mal* cuando realmente están en lo oscuro. Es curioso comprobar cómo el que se acerca al mal, y su razón atisba esa posibilidad, siempre argumenta estar más allá del bien y del mal. Este *no querer saber* delata precisamente de qué parte está su conciencia. Y no se quiere saber porque se sabe de antemano lo que se quiere.

Decir lo que aún no ha sido dicho, descubrir lo todavía oculto, poner al pensamiento en el camino de un deseo atribulado, a su servicio, bajo el umbral de la genialidad, incluso a costa de quemar las naves de la fantasía, de robarle al hombre todo aquello por lo que se ha procurado una utopía que le dé paz y felicidad, es realmente una actitud que si exitosa, no obstante, también es capaz de pasar por encima de lo que conviene. Decirle a un ciego: *eres un ciego*, puede ser correcto si el tono no busca otra finalidad, incluso puede ser conveniente en caso de que se disponga a realizar algo que le ponga en peligro, pero decirle *desgraciado* es insultante, porque así le estamos diciendo que está fuera de lo físicamente normal, una *normalidad* surgida de la subjetividad y de la estadística. Según esta regla, ni el ciego ni todos nosotros somos del todo normales, ya que, por ejemplo, el ser humano es incapaz de oír determinados sonidos, pero como los que padecemos la misma limitación somos todos, entonces todos somos normales (cuestión de mayoría). El caso es que Nietzsche pensó, durante largas jornadas y hondas crisis (a pesar del privilegio de una vida burguesa, al parecer bien surtida y en consonancia con el entorno que exigían los griegos) qué podía decir de la cultura occidental que no hubiese sido dicho hasta ese momento, independientemente de que ello no nos aportara una mejoría espiritual. Lo cierto es que su pensamiento nos echó encima

toda la desilusión del que se encuentra dolorido, un pensar lleno de mala idea que prefería el dolor al fármaco o, quizás, y esto sería más sutil, que necesitaba de la afirmación absoluta del dolor para, así, disfrutar de la embriaguez farmacológica en un sentido transgresivo. De algún modo se convirtió en el precursor de una idea básica del periodismo actual: que sólo una mala noticia es noticia.

Nietzsche, padre de gran parte de la desgracia del pensamiento moderno y contemporáneo, nos trajo una filosofía; queda por ver si correspondió, así, al sentido del *amor al saber*. Un pensar, cotidiano ya hoy, cuyo único entusiasmo es destruir actualmente se dice desconstruir, palabra que, siendo en el fondo prácticamente lo mismo, sin embargo produce menos grima y se ajusta a las buenas maneras: no destruye de un bombazo sino ladrillo a ladrillo, como las minas antipersonas, y es que cuando ya no se puede decir nada mejor, ni revivir lo mejor que ya ha sido dicho porque ni es moderno ni da notoriedad, parece que sólo queda decir lo peor (qué notable paradoja las muertes recientes de Lady Di y la Madre Teresa de Calcuta: a un entierro fueron las revistas del corazón, al otro sólo el corazón. Y sin duda seguirán dando el coñazo con la Di. Mientras, la Madre descansará en paz porque su labor es muy antigua, simple, nada moderna, y posiblemente continúe sin que se tenga que decir nada más). El problema de ese modo de pensar es que nadie espera esa mala noticia (*muerte de Dios*, que es síntoma, y *nihilismo*, que es causa) para que nos traigan otra peor: el *superhombre*. Al respecto, creo que Feuerbach es mucho más sensato que Nietzsche; aún nos deja soñar con la divinidad de lo humano.

El pensar, incluso siendo objetivo, es decir, imparcial y crítico, siempre se realiza en aras de la felicidad. Es éste un componente que se ha olvidado seguramente por haber caído también en olvido el amor *cosustancial* al ejercicio del pensar. El amor no preside, desde luego, la mayor parte de la producción filosófica actual. Quizá una de las causas de esto consista en algo tan sencillo como inadvertido; me refiero al misterio originario que despertó el mundo y la naturaleza en el pensador antiguo. ¿Qué queda por descubrir hoy? ¿siente el hombre algún misterio en su entorno que le inquiete y le lance a su descubrimiento? Parece que amor, misterio y descubrimiento formaban una relación, en tiempos, al parecer actualmente del todo inoperante. ¿Qué amor puede surgir ante lo desconocido si hoy lo sabemos todo y vivimos en un mundo donde todo está descubierto y

a la mano? La familiaridad del mundo, aunque sea aparente, transporta al misterio y al amor por saber hacia el cosmos, allá afuera, al espacio aún no conquistado. Insisto en que la *cultura de la muerte de Dios* presenta, como una de sus consecuencias, la transformación de un pensar abierto al misterio en otro meramente crítico, descubridor, según sus capos, de la falsedad imaginativa del misterio. Por ello, la labor del pensar ha consistido (y todavía lo sigue siendo) en una crítica fuertemente destructiva que, buscando según él la liberación humana de ataduras represivas, ha terminado hundiéndose en el desencanto y la apatía más miserable. Es como si cuando el conquistador ya no tuviese algo que conquistar, sólo le quedase, para satisfacer su afán de notoriedad y aventura, la hazaña de destruir lo conquistado.

Pero no hay misterio porque se nos viene a convencer de que hemos nacido ya mayores, de que hemos venido al mundo sabiendo. Nuestro aprendizaje hace que nuestra edad mental sea mucho más avanzada que nuestra edad cronológica; se tiene 20 o 30 años, pero mentalmente se tiene 1.000 o 2.000 años. Sin embargo, ¿cómo es que siendo así tengamos los problemas que tenemos? ¿cómo es posible que todos busquemos la felicidad? Este es el misterio, incluso ésta es la experiencia originaria que se repite con cada nueva vida: ni somos ni sabemos de la felicidad. Pero hay algo más, y es que el mundo éste al que venimos y en el que vivimos no es en absoluto la única posibilidad de ejercer la vida. Este mundo es la posibilidad de una determinada forma de pensar y de querer. No es ni mejor ni peor sino, insisto, una posibilidad que obedece a una estructura (no voy a detenerme aquí a explicarla). De ahí que el pensar no haya de verse como algo agotado ni definitivo.

De esto es justamente de lo que se trata: de pensar. Pero de pensar no sólo críticamente, esto es, de desmontar y exponer las claves del mundo en el que estamos así sin más, antes bien, es necesario que la crítica asuma también una segunda etapa constructiva. El descubrimiento del que tiene que convencerse el hombre -que es, ante todo, pensamiento y autoconciencia- es de que es posible otro mundo también aquí, otras formas de vivir (como de hecho existen), pues el mundo es un *constructo* de la voluntad humana. El hombre debería creer en lo que se le manifiesta personalmente, no en aquello que le dicen que ya se ha manifestado; debería partir de la experiencia, no del hecho, que, por otro lado, sólo es mediación cultural y se le impone.

Así pues, los griegos nos hicieron ver que la filosofía es una actitud natural del ser humano. Feliz o desgraciada si se logran alcanzar, o no, respuestas a nuestros interrogantes. Este ha sido nuestro destino durante miles de años, otra cuestión es que seamos capaces de asumirlo con coraje o nos limitemos a instalarnos en el mundo dado, eludiendo las preguntas porque ello, y también es lo natural y lo honesto, nos obligaría a tomar una decisión.

II

Estado y humanismo

La actitud que viene sosteniendo el Estado al intentar introducir una nueva asignatura con la que, bajo el título de «Humanidades», pretende recoger y unificar todos los saberes «no prácticos», complica aún más el asunto. La palabra «humanismo», de tan claras reminiscencias renacentistas, no ha sido puesta con la intención de sugerir un nuevo florecimiento del espíritu del Renacimiento. Ni mucho menos. Con ese título, bajo el cual se impartirá una historia o un relato sobre la Filosofía, la Historia, la Literatura, la Política, la Religión, no se pretende dar todo sino dar nada. Es decir, y esto es lo importante, el nombre de «humanidades» no se emplea aquí bajo el halo de prestigio que ese término siempre tuvo, sino con una actitud de desdén: las humanidades... La Filosofía se encuentra entre ellas. Mucho nos tememos que también las facultades de filosofía pasen a formar parte de otras, de carácter práctico y tecnológico, y transformen su licenciatura en un simple conjunto de asignaturas dentro de una licenciatura distinta.

La filosofía, que engendró a la política, puede terminar siendo marginada por ésta. Esto no resulta tan dramático, pues por la misma ley la política también ha sido finiquitada por la economía (hace poco leí en un informativo sindical que las grandes multinacionales pretenden poner bajo sus intereses la administración de los países; en el fondo así sólo se legitimaría una situación que viene sucediendo ya desde hace muchos años). Con ello se pretende apartar al hombre de su naturaleza, que no es otra que la de la laboriosidad necesaria para sustentarse y ejercer su máxima facultad: conocer y saber.

De este modo, no hay que caer en la trampa de creer que el conocimiento es algo patrocinado por el Estado, su mecenas. Esto

sólo es posible si se considera que el pensamiento sólo se refiere al científico-técnico (que sí es el que interesa a las multinacionales). En realidad los centros oficiales del conocimiento (escuelas, institutos y universidades) sólo son lugares donde se nos narra la historia del saber, y se hacen necesarios por la cantidad de bibliografía acumulada; muy útil para no pensar Lo Mismo sino problemas derivados de Lo Mismo. Es cierto que un pensador puede ayudar a otro para afrontar los mismos problemas, pero es el ser humano de carne y hueso, el que vive su aquí y su ahora, el que debe decidir en última instancia.

Para el Estado, el humanismo es un engorro cuando se aparta de las directrices marcadas por el poder, es decir, cuando el pensamiento no tiene al Estado como el marco de su desarrollo y meta sino la libertad de vivir y actuar según la reflexión. Los mejores beneficios del nihilismo desatado por la muerte de Dios los ha recogido el Estado moderno, pues el cálculo programático de las relaciones sociales entre los ciudadanos sólo se puede desarrollar ilimitadamente dentro del espacio antropocéntrico de una razón económica. Es esta razón económica la que busca por todos los medios obligar al Estado a recortar la influencia de las humanidades, utilizando como disculpa el pragmatismo de un bienestar utilitarista y cosificador cuya finalidad oculta es eliminar la conciencia crítica y el intento de indagar en otras posibilidades de existencia, lo cual siempre trae consigo la puesta en duda y la negación del sistema o, al menos, algún intento por vivir al margen.

No hay mejor modo de controlar algo que marginándolo, es decir, situándolo en un contexto donde se está en una situación de necesidad de cara al sistema. Así, los que están fuera, por su desinterés del sistema, son convertidos en grupos que no *pueden* integrarse por falta de medios, y no que no *quieren*. A la filosofía se le ha aplicado la misma situación; es puesta al margen para, a continuación, convertirse en indigente que apela a la misericordia del Estado. Pero no es el Estado quien garantiza y protege a la filosofía y al resto de las llamadas ciencias humanas, como si las ciencias positivas no fuesen ciencias humanas. Más bien resulta que el fenómeno filosófico en absoluto depende del Estado, por contra éste también es objeto de su pensamiento. El ejercicio del pensar es libre de mecenas, otra cuestión es el peligro que corre el «trabajo intelectual» como forma, privilegiada por cierto, de ganarse el sustento. Ciertamente la condición del pensador actual es bastante paradójica

con respecto a los antiguos, ya que se ve obligado a ser mantenido por el Estado cuando, en muchas ocasiones, al ejercer el pensar se encuentra con que el sistema le supone un obstáculo por los valores que abandera.

En los últimos años la relación entre filosofía y política ha sido de encuentro y desencuentro. Una filosofía crítica respecto al sistema establecido que, partiendo en nuestra época de la Escuela de Frankfurt, ha intentado constantemente minar las bases político-económicas del Estado capitalista y burgués. Así, mientras las ciencias positivas han procurado trabajar para el Estado, a través de las fuerzas de la economía, mostrando una utilidad tecnológica que fortalecía el desarrollo y la expansión del poder económico, nada ha cambiado. El colaboracionismo de la tecnología y sus investigadores es evidente, la notoriedad exige ese duro trago y algunos incluso lo hacen con gusto. En este sentido la situación es clara: o se piensa para el poder o se está contra él. Nadie puede dar un título de filósofo dividiendo a los ciudadanos en dos grupos: los que lo son y los que no lo son. El pensar es lo común y lo que nos hace comunes unos a otros. Si la filosofía fue en principio un asunto de educación y de aprendizaje (primero como método para desentrañar los misterios de la naturaleza y luego como conocimiento de filósofos, sistemas y doctrinas) fue con la sana intención de que los cultos, que un día tendrían acceso a ciertas cotas de poder y decisión, no se dejasen llevar por la ambición, el egoísmo y la desmesura olvidando el espíritu de servicio y orientación que debían ejercer para el resto de los ciudadanos. El saber no tenía como meta la acumulación individual de conocimientos para un logro personal, la actitud «amorosa» que le caracterizaba le hacía abrirse a los otros, pues no era un amor celoso y posesivo sino espléndido y dialógico.

Al rechazar las humanidades, el Estado parece que se pone de parte de la «inhumanidad». Sin embargo, no es del todo así aunque se empeñe en tratarnos de ese modo, ya sea como votantes o números estadísticos. Lo que ocurre es que el interés financiero, que no nos ve como ciudadanos sino como elementos de producción económica, ha creado un humanismo radicalmente materialista y del todo interesado. Por ello, lo inhumano de este sistema es que no busca relacionarse con personas sino con objetos sometidos al cálculo monetarista. El empresario actual no contrata a un trabajador por sus cualidades (cada vez hace menos falta la cualificación, en general, porque el nuevo trabajador, que es un «operario», se limita a apretar una serie

de botones y nada más) sino en función de las ventajas que le ofrece el Estado en el abaratamiento de su contratación. Así se comporta el humanismo tecnológico. Tiene sus valores, como es natural, aunque nos parezcan deleznable.

¿Cómo van a encajar aquí aquellas preguntas que se interrogan por el ser, lo divino, el sentido de la existencia, o la libertad? Técnica y *carpe diem* es la nueva consigna. Famosos, ricos, tertulianos, caricatos, iluminados de cuarenta duros, deportistas, modelos... mucha televisión y a ver si cae una primitiva. He oído decir a personas dedicadas al bello arte de enseñar filosofía con qué ansiedad esperaban los resultados de la bonoloto y, verdaderamente, es una estampa triste. Esto viene a cuento de que tal vez la crisis de las humanidades, y de la filosofía en particular, se deba en gran medida a los que oficialmente la representan. Una vez que el Estado admite la enseñanza filosófica, sabiendo que tal enseñanza no es un pensar vivo sino más que la exposición histórica del pensamiento, está en condiciones de afirmar, dentro del paradigma tecnológico utilitarista, su certificado de defunción. El Estado no hace sino lo que debe. Para seguir siendo lo que es, acopio de poder, ha de ir con su tiempo y sus leyes. Si el resultado de esto es una práctica secreta de la filosofía, un ejercicio desinteresado del saber por el saber, entonces veremos la auténtica vocación.

III

Muerte de la madre y emancipación de los hijos

Esta situación no ha sido siempre así. La Filosofía, el término *filosofía* (amor al saber), se acuñó para designar una actitud del hombre ante lo que hay. Una actitud que consistía en pensar e interrogarse por las cosas y los fenómenos de su entorno: la naturaleza, el cosmos, los hombres, la existencia. Esto quiere decir que al principio la Filosofía no era un tipo de saber específico, sino que, como bien dice su traducción, hacía referencia a una actitud peculiar, a una actividad esencialmente contemplativa. El «*amor al saber*» no era otra cosa que el cuidado por el saber, el ocuparse en desentrañar el significado y el origen de las cosas que, estando ahí, no decían nada de su ser y de su sentido, o simplemente eran tenidas por algo evidente y meridiano. Así, ese saber se ocupaba tanto de los fenómenos celestes, como de la naturaleza, la enfermedad, la tradi-

ción, las costumbres y las leyes. La naturaleza de las cosas era su meta: por qué son así y no de otro modo (son necesarias o no, y si lo son: en qué consiste su necesidad), cómo se originan... etc. La palabra «*filosofía*» apareció después de la actividad como tal, es decir, la Filosofía no inaugura un modo de pensar específico; lo que indica la palabra ya venía aconteciendo desde hace tiempo, sin título ni denominación. El pensar que se interroga por las cosas siguiendo la única luz del análisis mental, no aparece con la filosofía. Es más bien al contrario. La «*filosofía*» surge como resultado de una actitud que ya existía.

¿Dónde podemos observar hoy esa actitud que se interroga por el origen y el sentido? Posiblemente en multitud de ciencias, pero es justo en ese plural donde tiene lugar la muerte de la filosofía. Pues el origen, la pregunta por el origen del conjunto de lo existente no tiene lugar hoy más que a partir de determinados horizontes: el origen para las ciencias biológicas, el origen para las ciencias cosmológicas y físicas (cuando se trata de un principio material). Podríamos hablar de más «*orígenes*», como el de la obra de arte, el de la neurosis, el de la enfermedad, el del automóvil, incluso el del saber y el de las ciencias, lo cual no haría sino complicar aún más el problema. ¿Qué se quiere decir con esto? Que la unificación del saber, a la que al principio hacía referencia la palabra filosofía, ha derivado en saberes especializados, eso que comúnmente se conoce como ciencias particulares. El término «*particular*» es correcto, pues se limita a precisar el hecho de acceder a lo existente desde un sector determinado, esto es, desde la parte. También suele hablarse de «*ciencias prácticas*» para dejar bien claro que su estudio, aunque sustentado en una posición teórica, conduce a aplicaciones concretas, es decir, que pueden explicar a través de comprobaciones experimentales determinados hechos y producir objetos o fenómenos, fundados en sus teorías, con una aplicación determinada.

La eficacia de estas ciencias junto a su capacidad manipuladora fueron adquiriendo tal entidad y tal complejidad, que pronto se emanciparon del seno filosófico del que surgieron. En la actualidad el conocimiento del ente, lejos de ser un conocimiento integral es un conocimiento sectorial, es decir, hoy no estamos ante el conocimiento sino los «*conocimientos*». En las mismas facultades de filosofía no se enseña a filosofar, no se enseña a pensar (ya Aristóteles llamó la atención sobre la necesidad de un aprendizaje para el pensar), pronto descubrimos que allí no se ama al saber: sólo asistimos a la

explicación de una historia de la filosofía que, como especialidad profesional, conduce a la obtención de un título que nos habilita para impartir, a su vez, la historia de la filosofía. Tal vez esto sea así porque hasta allí no nos conduce el amor sino el «*querer*», la voluntad de saber, lo cual significa que nos dejamos llevar por el interés (buscamos algo) y no por el desinterés. Vemos en la Filosofía, por tanto, un valor añadido y lo que se añade desfigura a la cosa en sí.

El amor al saber, que no es sino un amor ejercido por el pensamiento, esto es, el ejercicio de pensar y de aprender a pensar, fue rescatado en parte por la filosofía del siglo XIX y del XX. En el auge de la Edad Moderna surgieron métodos y corrientes que se enfrentaron de nuevo al ejercicio del pensamiento de cara a la realidad y al problema del conocimiento, tres de esas corrientes más importantes e influyentes han sido la Fenomenología y la Hermenéutica, en lo referente al método, y el Existencialismo, en lo que se refiere a movimientos filosóficos. Con ellas se intentó, y se intenta, llamar la atención nuevamente sobre la filosofía. En estos momentos incluso se está planteando un diálogo entre las ciencias, un diálogo que se considera necesario para una relación integral con el mundo y con los problemas derivados de la independencia de las ciencias, también es verdad que en ello se da una preocupación solidaria ante el reto que significa este mundo nuestro inmerso en la tecnología.

Tenemos problemas acuciantes: la energía, la contaminación y degradación de la naturaleza, el trabajo, las enfermedades incurables, el tercer mundo y el primer mundo, el materialismo exacerbado del dinero y la especulación, las guerras interesadas, el racismo. Estamos en definitiva ante una decadencia imparable, sustentada por el nihilismo radical al que ha llegado la civilización occidental. La técnica se ha impuesto en nuestras vidas y en nuestras relaciones con el medio. No obstante, si la historia nos ha enseñado algo es precisamente el movimiento de auge y decadencia, y la tendencia a reducir lo esencial de una época a toda la historia de la cultura. Así, que el nihilismo pueda aceptarse como lo característico de nuestro tiempo (aunque ya venga de atrás) no es algo por lo que se tenga uno que rasgar las vestiduras, entre otras cosas porque, además, se refiere a una cultura específica: la occidental y la dominante. Tampoco es una entelequia o una realidad inabordable. Si es verdad que estamos en tiempos de apertura espiritual, posiblemente miremos hacia otras culturas sin nuestra finisecular prepotencia y megalomanía. Tal vez se empiece a comprender que el nihilismo es

una mera posibilidad, bastante desacertada por cierto, y que el pensar no está ni mucho menos agotado. La muerte de la madre, cuando el padre murió hace tiempo, obliga a un periodo depresivo y melancólico que conduce a la emancipación y la madurez. Esa muerte nos trae la conciencia de que ya somos nosotros los que nos tenemos que disponer a morir, y las figuras que se nos van apareciendo son las del héroe, el santo o el escéptico. El pensar debe decidirse por uno de estos caminos buscando ahí la conjunción de la mayor felicidad, la mayor honestidad y el mayor sentido.

IV

¿Qué debe hacer la filosofía?

El saber no es hoy cuestión de amor sino de poder. No vemos el saber de cara al hombre, es decir, a lo más profundo del hombre, sino en contadas ocasiones. Como dijimos, la filosofía se reduce a ser «un» modo del saber: metafísica, historia de la filosofía o historia de los sistemas filosóficos. Sólo al margen de la academia aparece la filosofía como una reflexión siempre renovada y renovadora, pero incluso los filósofos, los que aspiran a un pensar auténtico, también están inmersos en las realidades que les circundan, las circunstancias que decía Ortega. Así pues, el filósofo debe empezar por conocer y por ser consciente del panorama existente, saber en qué situación nos encontramos, qué es y cómo aparece hoy el mundo para nosotros, en definitiva llegar a entender qué significa ese «*amor al saber*»: qué queremos saber, por qué y para qué. Esto supondría dominar previamente el objeto o la cosa de nuestro pensamiento, mas no sabemos esto. A lo sumo sólo conocemos, y en raras ocasiones, el origen de nuestra inquietud: queremos respuestas a nuestra angustia, buscamos un sentido.

Como es obvio la filosofía no puede pretender comportarse hoy de igual forma que en sus comienzos, al menos en lo relativo al horizonte de reflexión. Hoy sabemos muchas cosas sobre el cosmos, sobre el origen del hombre, sobre la naturaleza, las enfermedades, enviamos naves al espacio, disponemos de artefactos extraordinarios... ¿Qué es lo que queremos saber? ¿Qué es lo que nos permanece desconocido? Seguro que todos tenemos una respuesta, seguro que todos sabemos lo que queremos preguntar, y es también seguro que esos logros no nos satisfacen del todo. ¿Por qué? porque nos

seguimos siendo desconocidos, porque nos interrogamos por el sentido de nuestras vidas, porque buscamos, sobre todo porque buscamos un camino para nuestra finitud, porque después de tantos siglos aún seguimos muriendo y, a pesar de ello, aspiramos a entender el sentido de nuestras vidas. Todo ser humano es nuevo en este mundo, trae consigo un alma impoluta y fresca. Si no fuese así no nos preguntaríamos por las mismas cosas de siempre, y esas mismas cosas no estarían siempre abiertas al pensar.

Entiendo que la filosofía parte de esta sencilla obviedad y que, por tanto, no hay nada cerrado. No está todo dicho, como se repite en tantas ocasiones. Con estar dicho no sabemos nada, es cierto que lo conocemos pero no lo sabemos, porque sin sentir y sin expresar no sabemos. Todo es de «oídas», y no hay cosa más contraria a la filosofía que la «doxa». Conocemos el dolor o la alegría, pero no las sabemos hasta que no somos nosotros mismos, cada uno, los que lo padecemos o la disfrutamos. De este modo, la filosofía es realmente «amor al saber» y no «amor a lo conocido». La tradición, lo dicho, es la aventura de un pensar concreto y temporal pero de ningún modo agota ni al pensar ni al decir. Los textos clásicos son apuestas para nosotros, es decir, que debemos pensar por nosotros mismo «la cosa» independientemente de que podamos o no podamos coincidir con algún filósofo anterior. No se trata de decir algo nuevo, si buscamos sólo esa intención no pretendemos saber sino ser notorios, aun a costa de proclamar los dislates más extravagantes. La vida del pensar continúa desde antiguo y cada ser humano debe «vivir lo vivido» porque ésa es su oportunidad humana, el eterno misterio al que nace el hombre a cada instante. La tarea, en consecuencia, no es nueva, pero sí es tan ardua como simple. Que el nihilismo actual proclame la absoluta voluntad del hombre para hacer lo que quiera con lo que quiera, tampoco es nada nuevo, hoy simplemente es más peligroso a causa de los medios técnicos con los que se cuenta, también los griegos tuvieron la posibilidad de producir instrumentos más sofisticados y, sin embargo, les pareció algo totalmente absurdo; su interés era otro como ya sabemos. El placer de la contemplación siempre ha sido más enriquecedor y sabio que la producción de instrumentos. Por ello, el nihilismo actual de nuestra cultura no es más que falta de interioridad y obsesión por sobrepasar todo límite. Me atrevería incluso a decir que es el producto de una antigua enfermedad: síndrome infantil del que ya es adulto. Su síntoma más palpable es que el enfermo ni actúa ni deja actuar, critica pero no

propone nada. Es un creyente despistado porque cree en lo que no debe y no cree en lo que debe; torna su creencia hacia lo imposible y no hacia lo posible. Pero me temo que muchos a los que convoca el pensamiento están por ahora obligados a pasar ese calvario hasta que lleguen a saber que son adultos.